

El Pez y la Flecha. Revista de Investigaciones Literarias,
Universidad Veracruzana,
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, ISSN: 2954-3843.
Vol. 5, núm. 13, septiembre-diciembre 2025, Sección Redes, pp. 194-216.
DOI: <https://doi.org/10.25009/pyfril.v5i13.239>

Sistema nervioso o el vínculo indisoluble entre
identidad y patología

*Nervous System: An Indissoluble Bond between
Identity and Pathology*

Mara Itzel Medel Villar
Universidad de Guanajuato, México

ORCID: 0009-0004-6564-4808
maramedel2709@gmail.com

Recibido: 20 de marzo de 2025
Dictaminado: 05 de junio de 2025
Aceptado: 18 de junio de 2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 2.5 México.

Sistema nervioso o el vínculo indisoluble entre identidad y patología

Nervous System: An Indissoluble Bond between Identity and Pathology

Mara Itzel Medel Villar

RESUMEN

Las obras *Fruta podrida* (2007), *Sangre en el ojo* (2012) y *Sistema nervioso* (2018), de la escritora chilena Lina Meruane, se configuran como una suerte de trilogía que problematiza la corporalidad, perfilando en sus diégesis una dialéctica entre un cuerpo saludable y uno enfermo. No obstante, en *Sistema nervioso* hay una vuelta de tuerca en la propuesta de la escritora. El presente artículo propone un estudio de la novela para analizar cómo lo patológico parece configurar los vínculos al interior de una familia, donde todos sus miembros están enfermos. Esta manera de leer la novela permite tender lazos comunicantes con el libro de no ficción *Volverse Palestina/ Volvernó otros* (2014) y *Palestina por ejemplo* (2018), donde Meruane comenzaba la discusión de otro de los grandes pilares de su obra: el tema de la identidad.

Palabras clave: identidad; familia; enfermedad; dolor; lenguaje.

ABSTRACT

The novels *Fruta podrida* (2007), *Sangre en el ojo* (2012) and *Sistema nervioso* (2018) by Chilean author, Lina Meruane, can be read as a trilogy that problematizes corporality and which stories set a dichotomy between the healthy and the diseased bodies. Nevertheless, *Sistema nervioso* represents a change in the writer's project. This article proposes an analysis on how illness defines family relationships, because all of the family members are sick. The novel's proposed reading allows us to make connections with the author's non-fiction works *Volverse Palestina/ Volvernó otros* (2014) and

Palestina por ejemplo (2018), in which Meruane discuss one of the main topics of her work: the identity.

KEYWORDS: Identity; Family; Illness; Pain; Language.

La novela como un sistema es de una complejidad enorme y siempre está enfrentada al caos, al quiebre, a la destrucción. Estamos intentando negar esa posibilidad, nos cuesta aceptar que convivimos con la enfermedad y con la muerte.

Lina Meruane

La dialéctica entre el cuerpo sano y el cuerpo enfermo siempre ha estado presente en la literatura; ha acompañado al ser humano a lo largo de la historia de la humanidad; y según los tiempos que corren, es posible pensar que dicha unión está lejos de romperse. La académica Trina Romero (2015), en “Enfoque literario de la enfermedad a través del tiempo en varios autores”, ofrece un repaso crítico de una decena de textos con dicha temática. En su análisis, va a destacar que “la literatura y la enfermedad en distintas épocas han sido como una puesta en escena permanente, desde diversas perspectivas teóricas, pero planteando siempre la salud en contraposición a la enfermedad, siendo la literatura la encargada de construir las metáforas” (p. 126). En la literatura latinoamericana del siglo xxi, este tema ha resurgido con gran efervescencia en los últimos años. Para muestra, el texto de Javier Guerrero y Nathalie Bouzaglo (2009), *Excesos del cuerpo. Ficciones de contagio y enfermedad en América Latina*, una compilación de cuentos donde autores de diversas latitudes hispanohablantes exploran, desde sus narraciones, las múltiples caras que puede adquirir la enfermedad. Para Guerrero y Bouzaglo, “la enfermedad constituye un tópico fundamental para la literatura contemporánea y tal reaparición representa una

oportunidad para repensarla, desechar su función alegórica y comprender su peligrosa capacidad de enfermar y estar enferma” (p. 10). Desde los diferentes países hispanohablantes, el cuerpo enfermo ha sido abordado para dar cuenta de problemáticas de carácter social que se revisten de metáforas íntimas, envuelven los miedos, la perversidad. Podría decirse que este es el escenario donde se inserta *Sistema nervioso*, de la escritora chilena Lina Meruane (2019).

Lina Meruane es una periodista, escritora y académica con mucha presencia dentro del panorama literario contemporáneo. Ha publicado novelas, cuentos, ensayos y textos dramáticos, que se han traducido al inglés, italiano, portugués, alemán y francés. La escritora ha sido galardonada con el premio a la Mejor Novela Inédita, en 2006, otorgado por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes de Chile, por su novela *Fruta podrida*; el Premio Anna Seghers, en 2011; el Premio Sor Juana Inés de la Cruz, en 2012, por su novela *Sangre en el ojo*; y el Premio Iberoamericano de Letras José Donoso, en 2023. Dentro del panorama literario chileno, Roberto Bolaño (1998) destacó la obra de Meruane al evidenciar que la producción de la autora “surge de los martillazos de la conciencia, pero también de lo inasible y del dolor [...]. Estilísticamente, Lina Meruane se adscribiría a una cierta escuela francesa (pienso en Marguerite Duras, en Natalie Sarraute), mucho más subjetiva e introspectiva” (párr. 12).

EL ESBOZO DE UNA IDENTIDAD ENFERMA

Sistema nervioso es, hasta el momento, la última novela de Lina Meruane. A lo largo de la diégesis, conocemos la historia de una genealogía que exhibe en sus cuerpos múltiples enfermedades, dolencias que revelan su vulnerabilidad, pero también su manera de enfrentar la vida. El mosaico de personajes que puebla el texto nos muestra cómo el dolor y la enfermedad pueden llegar a configurarse como vínculos de pertenencia. El capítulo que abre la novela lleva por nombre “Agujeros negros”¹ y se dedica únicamente a la

¹ Es imposible pasar por alto la metáfora astronómica que se construye a lo largo de la novela y que puede convertirse en una ruta de interpretación. Tal es el caso de la

protagonista. En él, se construyen dos de las reflexiones planteadas en torno a las cuales gira la novela: por un lado, el tópico de la enfermedad como suceso, muchas veces, invisible al ojo humano, y, por otro, la construcción de la identidad individual mientras la ciencia médica se apropia del cuerpo de *Ella*, en un proceso voraz de diagnóstico y medicalización. El uso del pronombre personal *Ella*,² en el caso de la narradora, es una designación genérica: no hay voluntad de caracterización ni singularidades que la diferencien de otros pacientes; es parte de un *continuum* de cuerpos enfermos que sortean los embates de lo patológico y el sistema médico, cuerpos que se desdibujan entre estadísticas de “normalidad” para recuperar la salud y su individualidad.

En la novela, la falta de conciencia de la identidad individual está pautada desde la ausencia de nombres propios. En el libro *Identidad. Conversaciones con Benedetto Vecchi*, publicado en 2005, Zygmunt Bauman destacaba la necesidad intrínseca del ser humano por definir su identidad y hacía énfasis en que la tarea se ha vuelto cada vez más compleja puesto que “la «identidad» se nos revela sólo como algo que hay que inventar en lugar de descubrir; como el blanco de un esfuerzo, «un objetivo», como algo que hay que construir desde cero o elegir de ofertas de alternativas y luego luchar por ellas para

académica Beatriz Ferrús (2022): ella interpreta la metáfora estelar como aquello que “vincula la humanidad de los sujetos con su finitud e insignificancia ante la magnitud del universo” (p. 25). Lo astronómico llevará a la protagonista a buscar el sentido de “su lugar en el cosmos” (p. 25). Por otro lado, Andrea Kottow (2019), en “Cuerpo, materialidad y muerte en ‘Sangre en el ojo’ y ‘Sistema nervioso’ de Lina Meruane”, plantea un análisis comparativo de las dos últimas obras de Meruane para destacar la importancia que adopta el cuerpo en ambas narraciones. En el caso particular de *Sistema nervioso*, Kottow elabora su interpretación a partir del concepto del “cortocircuito”. La académica analiza cómo, en la manera en que se articulan las relaciones filiales dentro de la novela, se evidencia la condición material y finita del cuerpo: “el cortocircuito, el desmoronamiento del sistema, la succión de toda energía por efecto de un agujero negro, penden continuamente sobre las figuras que pueblan *Sistema nervioso*” (p. 17). No obstante, para los fines de este artículo no trazaré una ruta de interpretación que recupere la metáfora astronómica, sino que optaré por destacar, con mayor énfasis, otros tópicos presentes en la narración, como son la identidad, el dolor y el uso del lenguaje.

² El nombre con el que se designa a la protagonista de la novela es Ella. Para evitar hacer acotaciones innecesarias y confusiones, a lo largo del artículo, le daré un formato en cursivas a dicho pronombre, toda vez que remita al personaje.

protegerlas” (p. 14). El diálogo esbozado por Bauman permite enmarcar la discusión propuesta por la protagonista de la novela: “la madre biológica la había privado incluso de sus genes” (Meruane, 2019, p. 216). Desde esta línea crítica, se plantea una exploración constante del origen de su identidad, una revisión de los diversos estratos sociales donde el ser humano comienza a establecer relaciones con otros sujetos y cómo se define ante ellos.

Ella necesita ganar tiempo para concluir su interminable tesis doctoral y busca obtenerlo quedándose enferma. Lo patológico se perfila como una estrategia que le permite justificar la evasión de sus responsabilidades académicas. *Sistema nervioso* (2019) traza el reconocimiento del cuerpo humano a partir de la exploración del cosmos: “su último esfuerzo lo dedicaría a las estrellas que ya habían perdido su luz y colapsado sobre sí mismas formando densos agujeros negros” (p. 15), buscando desde lo intelectual afianzar su identidad. La enfermedad que *Ella* padece va a propiciar un desplazamiento en el foco de su observación y de investigar estrellas muertas pasará revista por su cuerpo y los cuerpos enfermos que componen su genealogía o “constelación” familiar. El estudio de lo astronómico va a devenir en la exploración de lo telúrico y los miedos familiares heredados. Su capacidad para invocar enfermedades juega en su contra al cerrar por completo la posibilidad de doctorarse, pero abre un campo de estudio más prolijo e ininteligible, porque lo patológico la orilla a reflexionar acerca de su identidad y su pertenencia familiar.

En la novela, la enfermedad va a orillar a la protagonista a traslapar la observación del cosmos y las estrellas a su corporalidad. Este cambio de perspectiva la lleva a pensarse dentro del sistema patológico familiar al que pertenece, buscando desde ese lugar la explicación del síntoma y de su propia identidad. En *Fronteras de lo real. Ensayos sobre literatura, enfermedad y psicoanálisis*, Andrea Kottow (2022) hace una breve mención a *Sistema nervioso*. En este caso, centra su atención en el personaje de *Ella* para afirmar que la muerte materna es el origen del caos que rodea a la protagonista:

siempre ha estado acechada por enfermedades pasadas, por patologías de su familia sanguínea y política, por enfermedades imaginarias y por males observados de cerca en seres queridos. Forma parte de un sistema nervioso que, una y otra vez, se escabulle a sus posibilidades de comprensión y que vuelve quimérico cualquier intento de control (pp. 25-26).

Revela con ello que el lenguaje del cuerpo escapa a todo intento de significación racional. Bajo esta atmósfera, se inicia la exploración de sí a través de los cuerpos que la rodean. Sin embargo, hay uno que se le ha negado y desconoce por completo: el cuerpo de su madre, que murió al darla a luz: “Ella provenía de una galaxia extinguida hacía miles de millones de años” (Meruane, 2019, p. 35).

El fallecimiento de la madre durante el parto provoca que recaiga sobre *Ella* el estigma del matricidio. Durante la infancia, “escuchaba a su hermano llamándola matona o mamatona sin que ella entendiera qué quería decir [...], continuaba arrojándole a Ella ese dardo de madre y de muerte, matona” (Meruane, 2019, p. 191). Andrea Kottow (2019) advierte que los personajes de la novela son cuerpos atravesados por el lenguaje, cuerpos que muestran en sus sintomatologías el peso de las palabras que recaen sobre ellos: “*Sistema nervioso* se sitúa en este terreno resbaladizo donde el lenguaje se vuelve gozoso, a través de la emergencia de cuerpos parlantes. Cuerpos atravesados por el lenguaje, pero también cuerpos que devuelven el habla a través de sus múltiples síntomas” (p. 16). Conuerdo con la lectura de Kottow, pues la exposición al discurso implacable del Primogénito hace que recaiga sobre *Ella* una marca desacreditadora, convirtiéndola en un sujeto identificado a partir de connotaciones negativas, lacerantes, desencadenando sus patologías. El estigma segrega al individuo en el medio social que se desenvuelve, la etiqueta que pesa sobre él lo discrimina y condiciona (Goffman, 1989). Goffman apunta que la identidad personal se construye a partir de “las marcas positivas o soportes de la identidad y la combinación única de los ítems de la historia vital, adherida al individuo por medio de esos soportes de su identidad” (p. 73). Si seguimos el planteamiento teórico de Goffman, notamos que en

Sistema nervioso la conjugación de la ausencia de la madre biológica y las acusaciones de su hermano provocan un cisma en la manera de percibirse, lo que va a supeditar sus experiencias vitales. Su enfermedad “podría ser un mal hereditario, una predisposición genética. Pero su madre biológica murió demasiado joven para saberlo y es la otra, la que no comparte con Ella sus genes, la que ha padecido, como Ella, a la misma edad, un ataque de médula” (Meruane, 2019, pp. 41-42). La cita se convierte en piedra de toque para la discusión de fondo en *Sistema nervioso* y que, en mi opinión, sería la siguiente: ¿en dónde radica el soporte de mi identidad, con quién se conjuga mi identidad? En última instancia, ¿quién soy y cómo encajo en medio de esta constelación familiar “infecta”? Es factible formular esta serie de cuestionamientos puesto que la primera estructura de identificación y contención no está presente. La madre muerta va a jugar un papel de suma importancia en el desarrollo de las patologías de *Ella* y el Primogénito.

Según Julia Kristeva, en *Poderes de la perversión* (2015), cuando acontece la construcción del sujeto y, por tanto, su entrada al dominio de lo simbólico, lo abyecto juega un rol primordial, pues “parece ser el primer sentimiento auténtico de un sujeto que se está constituyendo como tal” (p. 66). Lo abyecto, entonces, supone una perturbación en el orden, en la identidad, que lleva al individuo a un posible resquebrajamiento. Sin embargo, la abyección puede ayudar al sujeto en el reconocimiento de sí mismo:

descubre que él no es otro que siendo abyecto. La abyección de sí sería la forma culminante de esta experiencia del sujeto a quien ha sido develado que todos sus objetos sólo se basan sobre la *pérdida* inaugural fundante de su propio ser. Nada mejor que la abyección de sí para demostrar que toda abyección es de hecho reconocimiento de la *falta* fundante de todo ser, sentido, lenguaje, deseo (p. 12).

La abyección de sí, de la protagonista, tiene su origen en ser la causante de la muerte de su madre –“ahí adentro, al final de todo, su conciencia se va llenando de matricidio” (Meruane, 2019, p. 38)–, lo cual resulta en una identidad inacabada puesto que *Ella* no es

capaz de percibirse más allá de su abyección. Su matricidio es reforzado por el apodo de “mamatona” con que el Primogénito la señala todo el tiempo. La abyección de sí, provocada por la muerte de la madre biológica y el constante señalamiento de su hermano, derivan en una búsqueda de identificación con la madrastra, desde lo patológico.

Este hecho cobra vital importancia pues a partir del acercamiento de *Ella* y la madrastra la violencia que el Primogénito ejerce sobre su hermana se recrudece. La cercanía las convierte, según el primogénito, en sus enemigas. Sin embargo, el actuar de *Ella* será sancionado con mayor énfasis pues no sólo mató a su madre, sino que la traiciona al aceptar a esta otra mujer: “el Primogénito la acusaba a Ella de haber abortado a su mamita en el parto, de haber adoptado a esa otra mujer” (Meruane, 2019, p. 195). La violencia física que el Primogénito inflige en *Ella* está revestida de una carga disciplinar, desde la cual se posiciona como un verdugo y, al mismo tiempo, como el medio para que su hermana se redima: “habían sido demasiados los años que su hermano se cobró en Ella su venganza” (p. 195).

La historia personal de *Ella* se convierte en referencia para comprender lo patológico, pero también su lugar en el mundo. *Ella* busca un asidero que la ayude a tener una figura de identificación. Quizás este sea el motivo de una insistencia apremiante por tener lazos de identificación con lo femenino. Por ello, comienza la exploración de sí misma a través del rostro de la única madre que conoce: “se mirará en el ojo fuerte y en el ojo caído de la Madre, en la sonrisa de esa Madre que en esa foto desteñida todavía tiene su edad, y pensará que Ella, sin ser su hija, padece la misma asimetría” (Meruane, 2019, p. 176). Así, la muerte-falta de la madre biológica supone el primer obstáculo para el proceso introyectivo, lo que lleva a la protagonista a proyectar una fantasía de incorporación desde lo patológico. A partir de allí, se busca establecer una relación de pertenencia con la madrastra. Pero la abyección de sí impide el reconocimiento con la Madre. Los vínculos instaurados son problemáticos porque no hay una introyección real de esta segunda madre. Lo anterior va a sumir a la madrastra en un rol de

“madre abyecta”,³ una Madre que exige el regreso de su hija a su país, que no acredita a ninguna de sus parejas. El terreno se vuelve pantanoso pues física y patológicamente *Ella* sigue los pasos de esta segunda Madre: “cada vez que Ella describía una dolencia la Madre voluntariosa exclamaba como yo a tu edad. Todos sus dolores eran los de la otra Madre. [...]. El sufrimiento de ella no era más que repetición. Cien veces la pregunta: calco de quién era Ella” (Meruane, 2019, p. 216). Para *Ella*, lo patológico va a sustituir el sustrato genético, buscando construir una identidad a partir del dolor como experiencia vital que definitivamente no tiene eco en los genes familiares. La identidad de *Ella* es un rompecabezas incompleto, hay piezas perdidas, cuerpos inertes devenidos agujeros negros, lo cual supedita de antemano la imagen nítida de quién es.

En la protagonista sin nombre de *Sistema nervioso*, vemos cómo la escritora fusiona dos constantes de su narrativa. En principio, pone en jaque el actuar médico, al echar por tierra la precisión del diagnóstico, y refuerza la crítica al abandono psicoemocional que sufre el paciente. En un segundo momento, la ausencia de nombre propio en la protagonista apunta a la problematización de lo patológico como experiencia vital, pero también como un padecimiento que es común en las sociedades actuales: “la secretaria le informa que Ella no es la única enferma y son largas las listas de espera. Ella no es nadie. Nadie. Eso Ella ya lo sabe. Ella no es más que la cháchara electroquímica de millones de células tan nerviosas como las de cualquiera con una perspectiva terminal” (Meruane, 2019, p. 74).

La enfermedad de *Ella* tiene como síntoma principal un dolor constante; su presencia es indicio de lo patológico, pero marca un camino errático y turbio: “Positivo: ninguno de los nervios está aplastado entre las vértebras. Negativo: algo de otro orden se ha hecho visible dentro de su columna [...]. Una inflamación en la médula.

³ Julia Kristeva (2015) en *Poderes de la perversión* describe, a partir de la literatura de Louis-Ferdinand Céline, la madre abyecta como aquella “asociada al sufrimiento, a la enfermedad, al sacrificio [...]. Esta maternidad, esta madre masoquista que no cesa de trabajar, es rechazante y fascinante, abyecta” (p. 210).

Una estridente mancha blanca en la nuca” (Meruane, 2019, p. 32). El dolor de *Ella* es inútil, totalmente sordo, vacío, pues carece de significación. El actuar médico da por sentado que el mal de *Ella* es invisible al ojo humano y sólo la herramienta tecnológica logrará hacerlo tangible. Con la punción lumbar, se busca un diagnóstico certero que explique lo que ocurre en el cuerpo de *Ella*. Hacer un estudio de la médula ósea es analizar las células madre, revisar el origen, la sangre, allanar las profundidades de *Ella*, tal como estudia el interior de los agujeros negros. No es fortuito que el origen de su enfermedad resida ahí, donde existe una importante carga de material genético y un vínculo ineludible con la identidad. Es en este momento que se establece la conjunción entre dolor e historia de vida; su cuerpo desvela la raíz de una ausencia que la condiciona y una culpa que la ahoga. Ya David Le Breton (2020) explicaba lo importante que es vincular el dolor y la historia de vida del paciente al momento de iniciar el diagnóstico:

el dolor rebota en los meandros de la historia de vida, hace eco en las heridas de la infancia y de la adolescencia, se despierta en los problemas de la existencia y se transmuta en sufrimiento perdurable porque la significación escapa a la consciencia del individuo [...]. El dolor que se siente tiene entonces un estrecho vínculo simbólico con un evento traumático (p. 108).

La madre muerta yace en el centro de la médula ósea. Sólo al relacionar el dolor y los sucesos vitales que atraviesan la biografía de *Ella* se tiene la posibilidad de completar los vacíos de la médula ósea a partir de la historia materna. De ahí su obsesión por el estudio de estrellas muertas, puesto que “aun muertos, esos astros continuaban emitiendo su brillo pretérito” (Meruane, 2019, p. 71), es decir, la madre extinta haciéndose presente en la enfermedad. Hay un paralelismo entre los intereses vitales de la protagonista y el tema de su tesis doctoral: la inquietud por las estrellas extintas es un puente que se tiende entre pasado y presente para rastrear los orígenes no sólo de la muerte materna, sino para entender la raíz de su síntoma e incompletitud. En *Ella*, lo patológico encapsula el

dolor por la ruptura de un linaje donde no hay pertenencia. *Ella* es el eslabón que rompe la cadena familiar y media entre la construcción de dos familias por parte del Padre.

Pese a los tratamientos, el cuerpo de *Ella* continúa mandando señales patológicas incómodas, sin llegar a imposibilitarla; el dolor experimentado se convierte en una presencia sin sentido: “su sistema nervioso guardaba la memoria fallida torcida inútil de un daño y lo continuaba reviviendo, esa era una explicación” (Meruane, 2019, p. 78). En la novela, la incorporación del dolor que hace la protagonista se nota con mayor énfasis hacia el final del primer apartado, en el diálogo que sostiene con el padre. *Ella* regula la información que proporciona a su padre, pero al recordar su cotidianidad sale a luz que el dolor ha conquistado más parcelas de su cuerpo:

aunque la respuesta es siempre si su mano sigue sufriendo *descargas chispazos dolorosas avispas* en las yemas de los dedos. Si se ducha con agua caliente. Si lava los platos. Si se encrema los pies, siempre ásperos. Si habla demasiado o se ríe a carcajadas, si bate los brazos en retirada, si escribe en la pizarra y se llena los labios de tiza. Si inclina la cabeza. Si la hunde en el pecho: otro golpe de corriente (pp. 77-78).

La enumeración de episodios donde se hace presente el dolor da cuenta de una observación detallada del cuerpo, ejercicio a través del cual la enferma pretende descubrir un patrón, para propulsar un reacomodo de las actividades diarias en función de lo patológico, es decir, mantener su “normatividad” biológica.

En este punto de su patología, se evidencia la continuidad del carácter normativo inherente del ser humano, adaptándose a nuevos entornos vitales, expuestos por la disrupción de la salud: “el contenido del estado patológico no admite ser deducido –por mera diferencia de formato– del contenido de la salud: la enfermedad no es una variación en la dimensión de la salud; es una nueva dimensión de vida” (Canguilhem, 2015, p. 141). La evolución de la patología de *Ella* permite establecer un vínculo importante con el quehacer filosófico de George Canguilhem:

si es verdad que los fenómenos patológicos son modificaciones regulares de los fenómenos normales, es imposible iluminar a los segundos partiendo de los primeros a menos que se haya captado el sentido original de esta modificación. Por lo tanto es necesario comenzar ante todo por comprender el fenómeno patológico como algo que revela una estructura individual modificada (p. 139).

A luz de lo enunciado, es posible analizar cómo en la modificación estructural que supone para la protagonista lo patológico se propicia una reflexión constante sobre su lugar dentro de la genealogía familiar. *Ella*, en un movimiento introspectivo, rememora las enfermedades de su estirpe. Al ser así, lo patológico le permite explorar su sitio en la infectada “constelación” de la cual descende: “los formularios que llenaba en las consultas del país del presente certificaban que Ella era miembro vitalicio de una estirpe cancerígena” (Meruane, 2019, p. 173). La conciencia inaugurada a partir del reconocimiento parental impulsa a afianzar la identidad desde el sustrato patológico.

Le Breton (2020) explicará cómo el dolor, en algunas circunstancias, dota al sujeto de pertenencia: “sin saberlo la persona fabrica a menudo profusión de dolores sin los cuales le sería imposible existir: para llenar una herida de la infancia o de otro lugar, o mantener su lugar en el seno de un sistema relacional donde el lamento es la moneda de intercambio” (p. 102). Para *Ella*, el dolor exhibe dos problemáticas, que desembocan en la construcción de la identidad: la primera es entender que el dolor manifiesta la culpa por la muerte de la madre, es decir, no puede leerse sólo como presencia de lo patológico. Desde mi lectura, el dolor es apenas una máscara que salvaguarda una angustia primigenia. En un segundo momento, el dolor parece convertirse en un carné de identidad que la acredita como miembro de una estirpe enferma, aun cuando no se sienta parte de ellos; pareciera abrirse para *Ella* un espacio en la constelación familiar. En la conjunción de la doble lectura del dolor, se busca afianzar el yo de la protagonista y se desplaza a lo patológico como la primera estructura de identificación familiar,

social: “la genética no es siempre un destino, piensa” (Meruane, 2019, p. 218).

LAS MÁSCARAS DEL DOLOR EN EL LENGUAJE

El recorrido genealógico que traza la protagonista de *Sistema nervioso* es el mecanismo que le permite explicar su presente. La evocación se activa en este ir y venir por geografías, recuerdos del pasado que traslucen la memoria de un cuerpo doliente, roto, cercenado, la memoria de huesos violentados. Estas huellas que sigue la narradora nos llevan a conocer el árbol genealógico de enfermedades que su familia carga tras de sí. El lenguaje se convierte en un elemento bisagra para que la memoria y el dolor se fusionen al mostrar la vulnerabilidad de los personajes. El lenguaje que da cuerpo a la novela no es diáfano, abreva de otros contextos para encriptar las emociones que se viven en el terreno de lo físico y lo psíquico. En este punto, sigo la reflexión expuesta por Anne Boyer (2021) referente a las múltiples caras que personifican al dolor:

Un signo de exclamación es útil, pero el dolor también puede describirse por su duración, su magnitud, sus ubicaciones, sus relaciones, sus variaciones, sus interrupciones, sus historias, sus temperaturas, su háptica, sus memorias, sus patrones, sus presiones, sus afinidades, sus formas, sus propósitos, sus referencias, sus causas, su economía, sus olvidos, sus dimensiones, sus categorías, sus efectos (p. 202).

Los sistemas que superpone la novela a modo de metáforas van acompañados de lenguajes particulares que abrevan de la computación, la medicina y la astronomía, encriptando de este modo las diversas formas que el dolor adquiere. Asimismo, está la presencia de palabras en cursivas, que se entremezclan a lo largo de la narración: concatenación de sustantivos, verbos y adjetivos que, en conjunto, quebrantan la lógica sintagmática. Ya en *Desmorir*, Anne Boyer refería cómo la experiencia del dolor transforma el lenguaje en tres momentos: “1. Al incapacitar a una persona, el dolor también incapacita el diccionario. 2. El dolor es una espantosa colección de adjetivos. 3. Cualquier palabra para el dolor está siempre

en un idioma que aún no podemos entender” (p. 186). Si seguimos esta lógica, es posible advertir que todas las palabras en cursivas dentro de la novela serán expresión primitiva, bosquejo de un protolenguaje, un intento por connotar el dolor —“*horror espanto temblorosa sinapsis*” (Meruane, 2019, p. 145)—, un modo rudimentario de expresión —“*creer pensar morir de manera repentina*” (p. 47). Lorena Amaro (2019) propone leer las cursivas como “sinapsis nerviosas, pero también quistes, proliferaciones lingüísticas que parecen responder a otro de los hallazgos de la novela: el embarazo, como el cáncer, es también una multiplicación celular. Las palabras aparecen así preñadas o enfermas, según se las quiera ver” (párr. 3). En la interpretación que sostengo, la imbricación de diversos lenguajes y las cursivas se vuelven testimonio del cisma que produce la enfermedad en términos lingüísticos, creando una comunicación que oculta la vulnerabilidad y el dolor del sujeto enfermo.

La experimentación del lenguaje que plantea Meruane en *Sistema nervioso* cristaliza reflexiones que ha ido bosquejando en su obra ensayística, de manera particular, en *Volverse Palestina/Volvernos otros*, publicado por primera vez en 2014, y en *Palestina, por ejemplo*, de 2018. El lenguaje en los textos de Meruane siempre atraviesa la corporalidad. La elección de las palabras que dan forma a las obras de ficción y no ficción enmascaran el cariz político del cual han sido cargadas: “no hay armas más traicioneras que las del lenguaje. Es preciso elegir las palabras con escrúpulo, cargarlas con cuidado para que no se vuelvan en contra, para que no vayan a dispararse, solas, contra quien las pronuncia” (Meruane, 2015, pp. 172-173). La conciencia traslúcida en la elección de la palabra justa por parte de la escritora y el poder del cual las reviste evidencia en la escritura una serie de cuestionamientos críticos, que atraviesan lo largo y ancho de su obra: “las palabras, sugiere, no son mero material de trabajo: no son ladrillos neutros, cemento transparente, herramientas sin resonancias. Son sobre todo portadoras de múltiples significados que sirven para construir realidades” (p. 182).

La combinación de lenguajes en *Sistema nervioso* no es azarosa; los signos lingüísticos operan en una suerte de engranaje que encripta el dolor del personaje, su vulnerabilidad; es un dique que

envuelve el desasosiego de los sujetos. La serie de lenguajes convocados en la novela —astronómico, informático y médico— hacen ininteligible la lectura del yo, al tiempo que enmascaran la identidad abyecta que *Ella* pretende articular. Beatriz Ferrús (2022) propone entender la puesta en jaque de la identidad de *Ella* como consecuencia de los diversos registros lingüísticos que la rodean: “la identidad se ha metamorfoseado, el sujeto es ahora doble y vivirá y somatizará la inestabilidad que produce esta dualidad” (p. 132). Los tecnicismos dan cuenta de las circunstancias vitales que atraviesa la protagonista, retratando el camino angustioso hacia la comprensión de sí misma y de un entorno que se revela ajeno. Se activa, a partir de ellos, un mecanismo de defensa para hacer frente al rechazo familiar, académico y de pareja que vive, lo que termina por exhibir la fantasía de su identidad.

Cuando el dolor invade el cuerpo, el lenguaje se hace insuficiente para expresarlo. Al intentar plasmar en palabras lo que siente, el sujeto se topa con la infidelidad del lenguaje, pues la magnitud del sufrimiento no se traduce de manera íntegra:

Al nombrarlo, el lenguaje hace trampas al mundo. El dolor expresado nunca es el dolor vivido. [...]. El hombre se empeña en desbaratar la impotencia del lenguaje. Y el dolor es uno, cautivo en la intimidad del ser humano que intenta inútilmente traducirlo para los otros, quienes solo pueden comprender por defecto, por medio de una traducción que es traición más que nunca (Le Breton, 2019, p. 47).

Al seguir las consideraciones de Le Breton, es posible percibir en la novela cómo el encuentro con la patología supone para los personajes una reconfiguración del signo lingüístico: “el dolor asesina la palabra. [...]. La riqueza adjetiva de las palabras procura aislar con pequeñas pinceladas los destellos de un dolor cuya imagen es la insuficiencia del lenguaje” (p. 44). El sujeto se enfrenta a un vaciamiento del significado; en consecuencia, reconstruye su experiencia vital a partir de significantes que van a metaforizar múltiples fallas en los sistemas que envuelven a los personajes, dando cuenta del desconcierto por el que atraviesan.

Es posible establecer una clasificación que atiende al uso que la narradora le da al lenguaje informático, el cual funciona como una alegoría de la imposibilidad de traducir el dolor de manera fidedigna, empleando diversos tipos de errores informáticos para evidenciar las áreas de su vida que colapsan y en donde residen las fracturas de su identidad. En un primer momento, hará referencia a una falla de carácter biológico. Ésta parece tener origen en el sistema inmune de la paciente: “Error 404. Sistema gone mad. Por favor reinicie” (Meruane, 2019, p. 53). No se encuentra el origen ni la causa de su enfermedad. Del mismo modo se aludirá a un daño en el software de las computadoras: “error 404 por favor reinicie” (p. 130); “un error 404 indicaba que lo buscado no se había podido encontrar o que no existía” (p. 94). La verificación que trasluce la función fática en esta necesidad de mantener limpio el canal de comunicación refleja una insistencia por hilvanarse entre los múltiples escenarios donde se desenvuelve. Pero ni siquiera en la red simbólica del lenguaje, *Ella* encuentra pertenencia; se le niegan los accesos y vuelve a quedar a la deriva. Las citas connotan una interrupción en el servicio; es el sistema mismo autoatacándose, volviéndose loco: “El error, sin embargo estaba escrito en el cerebro. Errar era humano, por más que fuera difícil de admitir. Sólo el error 404 era propio de la máquina” (p. 257). Es una construcción oximorónica del discurso, un error, un autosabotaje que equipara al ser humano y los aparatos tecnológicos. ¿El nacimiento de *Ella* marcaba el error y el principio del deterioro de su estirpe? La narración sabotea su propio discurso: “cada palabra es una bandera iza-da que entrega señales para entendidos y señuelos para incautos” (p. 116), dirá Meruane (2015) en *Volverse Palestina/Volvernos otros*.

Los errores informáticos, cuando aluden a otro miembro de la familia, sólo ilustran las patologías o fallos biológicos que, por ejemplo, explican la sobreproducción de células cancerígenas en el seno de la madrastra –“error 401: El mandato de la multiplicación de las células daba tanto cáncer como hijos” (Meruane, 2019, p. 156)– y la enfermedad prostática del Padre –“Error 404. Data not found” (p. 237). En informática, cuando una página web lanza un mensaje que trasluce error 401 lo “que nos está transmitiendo es que el usuario

no tiene acceso a la información por no contar con las credenciales. Se produce sobre todo cuando se trata de iniciar sesión dentro de una página web con datos de acceso que, o no figuran en la base de datos, o bien son erróneos” (Optimaweb). En consonancia con el lenguaje informático, los fallos en la novela evidencian un desajuste en la información genética del paciente, que no permite distinguir con claridad su patología. Esto va a suponer que un agente externo se encargue de atender el problema. En el caso particular de las enfermedades, la resolución estará dada por la medicina.

El último error que se menciona en la novela es el 410. Si durante la navegación en una página web se arroja este aviso, lo que indica es que “esa página no está y no va a estar disponible [...]”. El código de estado HTTP 410 indica que el host ha podido comunicarse con el servidor pero que éste no puede mostrarle el archivo solicitado porque ha sido eliminado” (Centro Europeo de Empresas e Innovación de Elche, 2020). En la diégesis, hay dos circunstancias en las que se menciona este error en particular. El primero es cuando ya ningún profesor quiere dirigir la tesis doctoral de *Ella*, lo que termina por enterrar la posibilidad de convertirse en doctora y desarrollar la investigación sobre estrellas muertas: “Error 410 [...]: Profesor no disponible” (Meruane, 2019, p. 131). En un segundo punto, se equipara la predisposición al olvido de la protagonista con el error informático: “cualquiera puede olvidar y después recordar pero Ella tiene una memoria que se ocupa de irlo eliminando todo: Error 410” (p. 167). En los dos contextos, yace de fondo la ausencia materna, el acompañamiento que no tuvo, la carencia que ha marcado su vida e intenta olvidar. El mismo error lanzando diferentes mensajes, iluminando las zonas oscuras y problemáticas de la incertidumbre identitaria. Por mucho que en el discurso argumente su propensión a olvidar, hay un hecho ineludible del que no puede deshacerse: provocar con su nacimiento la extinción de la luz materna, su muerte.

Hablar o entender el lenguaje de alguna ciencia abre una posibilidad de pertenencia. Esta es una de las principales discusiones que articulan la novela. Lo anterior se puede evidenciar en múltiples estratos, que van desde el conocimiento del metalenguaje médico

hasta convertir el dolor en un lenguaje al interior de la estirpe: “un idioma de dolor se transmite así de una generación a otra teniendo como fondo una carencia del lenguaje para expresar el malestar de vivir” (Le Breton, 2020, p. 81). En la búsqueda de pertenencia, la protagonista se camufla para transitar en el espacio médico: “sabe que sus saberes la delatan. La doctora que lleva dentro ha sido descubierta por otra de su gremio” (Meruane, 2019, p. 71). Es una practicante de medicina la que propulsa este pensamiento en *Ella*, porque cuando se encuentra frente a un especialista escabullirse por las grietas del lenguaje no funciona: se le sigue velando una parte del sentido que envuelve la diagnosis. En contrapartida, *Ella* busca enfrentarse a la restricción impuesta con un lenguaje que le es afín: el de la física: “vengarse de ese vocabulario con otro que su neuróloga no conozca, lanzarle una acreción de ondículas $g(z)$ $g(-z)$ en la lengua universal de las matemáticas que, como toda lengua sólo la entiende quien la usa [...]. Arrojarle pedazos de ese idioma que Ella sólo hablaba consigo misma” (Meruane, 2019, p. 66). Es posible advertir que en esta pugna constante por conocer y discernir a fondo los contextos en que la protagonista se desenvuelve se enmascara otra búsqueda de sentido primigenia, consustancial al sujeto y pautada por las circunstancias de su origen. La exploración identitaria sobrepasa por mucho lo genético, instaurando nuevos estratos de reconocimiento y filiación, que nada tienen que ver con la consanguinidad. Sin embargo, se activan nuevos registros de identificación; y el nexo que va a cohesionar las relaciones es el dolor, un dolor que padece la insuficiencia del lenguaje para ser traducido al otro. Quizá ahí radica la complejidad de los vínculos familiares en *Sistema nervioso*.

En este punto, me parece necesario destacar cómo la preocupación de Meruane por este tema en particular trasciende lo literario para ser profundizado en el discurso ensayístico. En *Volverse Palestina/Volvernos otros* (2015), la disertación de la escritora se agudiza para reflexionar sobre su identidad como palestina y analizar los discursos que subyacen en el conflicto bélico entre israelíes y palestinos. Es precisamente a lo largo del ensayo *Volverse Palestina/Volvernos otros* donde Meruane teje sus cavilaciones acerca de su identidad como

palestina, heredada por el lado paterno. Meruane, chilena de nacimiento, se adentra en los orígenes para integrar esta parte del legado familiar. Por ello, en su viaje a Palestina se reencuentra con las tías que viven allí. Este encuentro tiene como objetivo profundizar en su historia. Lo anterior se trasluce al preguntar por la ascendencia del apellido Meruane, para recibir como respuesta que ellos no son Meruane, sino Saba, lo que supone un resquebrajamiento de lo conocido: “algo ahí se vienen abajo. Si yo no soy Meruane entonces esta mujer que dice ser mi pariente no es nada mío. Pero hay algo aún peor: si nosotros no somos Meruane, entonces, quién soy yo” (p. 77). De aquí parte una constante reflexión sobre la “incompleta historia familiar” (p. 104), una escritura que trasciende lo personal al abrir el diálogo para comprender las razones históricas y políticas que median las disputas entre israelíes y palestinos. Lo escuchado, visto y oído en territorio palestino pone en jaque a la escritora: “desde hace meses ver mi Meruane por escrito me llena de inquietud; es como si me costara reconocerme en él, como si algo se hubiera desplazado o desalojado, como si entre mi persona y mi apellido se hubiera impuesto una coma” (p. 162). El laberinto de la identidad marca un camino de ida y vuelta sobre el tema palestino; es un compromiso político que la escritora adquiere en un intento por mostrar la historia palestina, que es, sin lugar a duda, la historia de una nación. Esta exploración ha continuado y puede verse un hilo conductor en sus obras ensayísticas posteriores: *Palestina, por ejemplo* (2018) y *Rostros en mi rostro* (2022). Hay una conciencia clara por ofrecer un retrato escrito que abra la posibilidad de “volver a hurgar en las ficciones de la historia, de la memoria / volver a medir las palabras contra la esquivia realidad / liberarlas del secuestro / regresar al lenguaje / a pensar más allá de toda / cristalización” (Meruane, 2018, pp. 36-37).

En el ensayo, se advierte una necesidad por explicar frente a los demás quién es, pero este discurso se refracta como un búmeran para que ella misma termine de construirse:

tengo la certeza de que en las horas que pasé con los tiras fui más palestina que en mis últimos cuarenta años de existencia. La pa-

lestinidad que solo defendía como diferencia cuando me llamaban turca, alguna vez, en Chile, había adquirido densidad [...]. Era una gruesa cicatriz de la que ahora quería hacer alarde” (Meruane, 2018, pp. 64-65).

El andar de la protagonista de *Sistema nervioso* es paralelo al que Meruane establece como objetivo de su ensayo:

Regresar. Ese es el verbo que me asalta cada vez que pienso en la posibilidad de Palestina. Me digo: no sería un volver sino apenas un visitar una tierra en la que nunca estuve, de la que no tengo ni una sola imagen propia. Lo palestino ha sido siempre para mí un rumor de fondo, un relato al que se acude para salvar de la extinción un origen compartido. No sería un regreso mío. Sería un regreso prestado, un volver en el lugar de otro. De mi abuelo. De mi padre (Meruane, 2015, p. 17).

Ambas mujeres bucean en su pasado familiar porque hay una puesta en jaque de lo identitario. Esta vuelta al pasado es un antídoto “para parchar nosotros nuestro recuerdo” (p. 23). Este origen palestino, que borda la historia familiar de Meruane, es el anverso de la madre muerta, que comparten *Ella* y el Primogénito. *Ella* no tiene recuerdos con la madre, imágenes propias, sólo palabras. Estas distancias erigen la tensión entre los hermanos, un resentimiento que media entre pasado y presente. Sin embargo, en el repaso patológico de la familia hay una estimulación de los recuerdos conjuntos y los propios. Meruane enuncia que este repaso sólo se logra “activando mi memoria y zurciendo anécdotas” (Meruane, 2018, p. 43), lo que se convierte en un reflejo de la forma en que *Ella* reconstruye la historia de su familia.

Debajo de la identidad inacabada de la protagonista, subyace el predominio de los traumas familiares. La poca o nula atención que ella brinda a sus experiencias vitales impide la abyección de su propio dolor. La enfermedad abre paso en los escenarios de normalización, permite que los personajes fluctúen entre territorios, recuerdos e historias. Este tránsito es, por encima de todo, profundamente doloroso cuando revela la vulnerabilidad del su-

jeto. Una identidad fluida como la de *Ella* es una amenaza, pues promueve el sabotaje de la “normatividad” al poner en la palestra una imagen caleidoscópica de los sujetos, donde la enfermedad es inseparable de la experiencia humana; también permite descubrir los matices de la relación consanguínea, donde el cuerpo valida lo que es imposible poner en palabras. Ahí donde el lenguaje falla, la enfermedad comienza a traducir las preocupaciones vitales de los personajes. Dado que el dolor imposibilita la expresión del sentimiento, la conexión en la genealogía familiar se edifica a partir de la violencia. En consecuencia, la única identidad que los sujetos logran urdir es la que el dolor les permite, que en ocasiones resulta ser meramente una quimera. En *Sistema nervioso*, la búsqueda por construir la identidad individual desde el dolor fracasa; la protagonista se mantiene como un sujeto indeterminado. Aquella promesa de pertenencia que parecía brindar lo patológico nunca se cristaliza pues carece de puntos en común con las enfermedades de su familia. *Ella* terminará por ser una estrella sin identificar, sin anclaje, pero con una constelación patológica familiar bien definida. ➤

REFERENCIAS

- AMARO, L. (2019). *Lo raro es vivir*. Revista Santiago. Santiago, Universidad Diego Portales. Véase <https://revistasantiago.cl/criticas/lo-raro-es-vivir/>
- BAUMAN, Z. (2005). *Identidad. Conversaciones con Benedetto Vecchi*. Madrid: Losada.
- BOLAÑO, R. (1998). *Fragmentos de un regreso al país natal*. Revista Paula. Santiago. Véase <http://www.paula.cl/reportajes-y-entrevistas/fragmentos-de-un-regreso-al-pais-natal/>
- BOYER, A. (2021). *Una reflexión sobre la enfermedad en un mundo capitalista*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Editorial Sexto piso.
- CANGUILHEM, G. (2015). *Lo normal y lo patológico*. México: Siglo XXI.

- CENTRO EUROPEO DE EMPRESAS E INNOVACIÓN DE ELCHE. (2020). *¿Qué es el error 410?* Véase <https://ceeielche.emprenemjunts.es/?op=8&n=20710#:~:text=El%20c%C3%B3digo%20de%20estado%20HTTP,solicitado%20porque%20ha%20sido%20eliminado>
- FERRÚS, B. (2022). «Adictos al cuerpo»: *Sistema nervioso* y la narrativa de la enfermedad de Lina Meruane. *Confluencia: Revista Hispánica de cultura y literatura*, 37(02), 123-135. Colorado: Colorado State University.
- GOFFMAN, E. (1989). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- GUERRERO, J. & BOUZAGLO, N. (Comp.). (2009). *Excesos del cuerpo. Ficciones de contagio y enfermedad en América Latina*. Argentina: Eterna cadencia.
- KOTTOW, A. (2019). Cuerpo, materialidad y muerte en “Sangre en el ojo” y “Sistema nervioso” de Lina Meruane. *Orillas: revista d’idpanística*, 8, 5-18.
- KOTTOW, A. (2022). *Fronteras de lo real. Ensayos sobre literatura, enfermedad y psicoanálisis*. Santiago de Chile: Hueders.
- KRISTEVA, J. (2015). *Poderes de la perversión*. México: Siglo XXI.
- LE BRETON, D. (2019). *Antropología del dolor*. Santiago de Chile: Ediciones metales pesados.
- LE BRETON, D. (2020). *Experiencias del dolor. Entre la destrucción y el renacimiento*. Buenos Aires: Topía.
- MERUANE, L. (2015). *Volverse Palestina/Volvernos otros*. Santiago de Chile: Random House.
- MERUANE, L. (2018). *Palestina, por ejemplo*. Chile: Ediciones Libros del Cardo.
- MERUANE, L. (2019). *Sistema nervioso*. España/Chile: Random House.
- OPTIMAWEB.ES. Error 401: qué es y cómo solucionarlo. Véase <https://www.optimaweb.es/error-401/>
- ROMERO MERCADO, T. M. (2015). Enfoque literario de la enfermedad a través del tiempo en varios autores. *Revista ciencias de la educación*, 26(46), 118–128. Venezuela, Universidad de Carabobo.